

SUSCRIPCIONES

Valdepeñas, trimestre, 1,00
Provincias, semestre, 2,50

ANUNCIOS: precios convencionales.

20 ejemplares 75 cént.

La correspondencia administrativa debe dirigirse al Administrador de *Juventud*, Virgen, 39.

No se devuelven originales.

JUVENTUD

Periódico Literario y de intereses generales

Fundado por Manuel Luna y Alfonso Madrid

SE PUBLICA LOS JUEVES

CAMPO NEUTRAL

CRONICAS VALDEPEÑERAS

PARA TODOS

VI.

Con esta «Crónica» última de la serie que ofrecimos publicar, damos por terminado nuestro trabajo. Trabajo duro y penoso, acaso estéril, pero honrado, noble y patriótico.

Si nuestra modesta voz se pierde en el piélago insondable del vacío,

culpa no será nuestra: será de los que, rebeldes á nuestros requerimientos, y quién sabe si á la voz de su propia conciencia, tienen ojos y no ven, oídos y no oyen. Pero como nosotros entendemos que, para destruir el error, basta con oponer la verdad que, como la luz, no resiste nadie; como á nosotros nos gusta, no la curva y tortuosa, si no la línea recta, el camino abierto y derecho en todos nuestros actos y en todos nuestros procedimientos, hemos de decir á los valdepeñeros, nuestros paisanos, con rudeza, sí, pero con llaneza, lo que, á la hora presente, estimamos honrado y justo para salvarnos. Y la verdad es esta.

No se reanima un cuerpo enfermo y postrado, sin que á él se apliquen revulsivos energéticos; no se reconstruye y sana un pueblo, sin estirpar de raíz, sin cortar las partes dañadas y gangrenosas de su cuerpo; más que emolientes, más que unciones de cerato simple, necesita el cirujano aplicar sin compasión ni piedad su bisturí; causará éste acerbos, cruentos dolores; pero cura y el enfermo se habrá salvado.

Todo cuanto informa hoy la vida nuestra, administración, política, etc. son una irrisión y una afrenta para todos.

Pasemos por alto nuestra política, causa y origen de los males que sufrimos, de los infortunios que lamentamos; no profundicemos en este mar embravecido y turbulento, cuyas rugientes y cenagosas olas envuelven á todos; la prudencia y la discusión y, sobre todo, el respeto debido á todos así lo exigen; pero salvando éste hagamos algunas consideraciones.

Cuando móviles y pasiones de carácter meramente personal, cuya calificación nos impide el decoro nuestro y el respeto que debemos á los demás, son el regulador de la vida de un pueblo, de la gobernación de un pueblo, cuando la política, como sucede á la nuestra, no obedece ni se inspira en leyes ni principios, cuyo olvido no puede hacerse sin lastimar altos intereses,

grandes sentimientos, es natural que, de parte de los extraños, y más que nada de los hombres serios y flexivos, de los hombres que piensan, de los que, como joya preciada, estimen su honra y su vida, una fría reserva, acaso el desdén y el desvío, sea lo que se imponga, y acabe por aislar y aniquilar al pueblo, maldiciendo al funesto hado, al cruel destino, que lo ha colocado en esas dolorosas, excepcionales condiciones.

Nosotros pedimos á nuestros paisanos que, haciendo severo examen de conciencia, confesándose á sí mismos, puesta la mano sobre su corazón, nos contesten á esta pregunta: — ¿Podemos ni debemos continuar así? —

Las luchas por el ideal engrandecen á los hombres, elevan á los pueblos; son hermosas, grandes; y de grandeza y hermosura dejan en la historia estela luminosa, páginas inmortales.

Las luchas del amor propio solo dejan regueros de odios, de lágrimas y de sangre; entenebrece la conciencia; petrifican, secándolo, el corazón; son el azote de los pueblos, y siempre su ruina y su muerte.

El amor propio, en política, como á la vívora, es peligroso despertarla; para que no se enrosque á nuestro cuerpo y nos mate, hay que aplastarlo, ahogarlo en nosotros, y no labrar, por triunfos efímeros y discutibles, la desventura de los demás.

Si las luchas políticas nuestras en vez de someterlas á camarillas apasionadas, y por lo mismo inconcientes, se hubieran sometido á un jurado de paisanos nuestros, que los hay, de recto proceder y de juicio sereno y elevado, otra sería nuestra suerte y otra también la de nuestro pueblo.

Para redimir á España, nuestro gran Costa quiere políticos de perseverancia, de carácter, de austeridad; pero, al mismo tiempo, de amor y de caridad hacia los demás. «Políticos, como él los llama, ingertos en nuestro gran Cardenal Cisneros ó en San Francisco de Asís.»

Hagamos los valdepeñeros esta política: de recogimiento, de meditación, de caridad y, sobre todo, de amor, y nos sentiremos otros, pero más grandes, más dignos, más honrados.

Si pensáramos así, si el juicio y la reflexión se impusieran en nosotros, sacaríamos esta consecuencia: — Basta—diríamos—de nuestra política y nos retiráramos á nuestras casas. — Porque antes que perturbar más á

nuestro pueblo y que mañana nos acuse, con justicia, de su desgracia, á casa; pero sin odios, sin pasiones; para todo lo grande y beneficioso á Valdepeñas, dispuestos siempre; para lo ruin y lo mezquino, jamás; haríamos, con este acto abnegado nuestro, un gran bien á nuestros paisanos. Y como los habíamos de estimular y de ayudar en la obra reparadora de su bien y de su grandeza, pero á retaguardia, nos bendecirían después. Que el talento, como el oro de pura ley, lo demuestra el hombre, no sólo valiéndose de él para ser, si no cuando es y sobre todo, para no ser, para caer.

Meditemos que todo general, en el campo de batalla, para vencer, consiente la matanza; pero, victorioso, no tolera la carnicería ni mucho menos los despojos, la expoliación.

Pensemos en que Valdepeñas sube, sube, mientras nosotros somos más pequeños; meditemos en que, nunca, el hombre es más grande, sino cuando se sacrifica en beneficio y holocausto de los demás; pensemos todos en que hay que restablecer la disciplina social, sin la que no hay vida posible, y para esto hay que enseñar al pueblo principios éticos, de sana y pura moral, y que cada uno de nosotros se mueva en el estricto círculo de su deber; meditemos todos que el bien y el mal, el bienestar y la miseria, la paz que la guerra, la muerte que la vida de un pueblo, no es indiferente.

Esa indiferencia puede ser solución para espíritus menguados, para corazones mezquinos, pero nunca, nunca para los hombres generosos que, con legítimo orgullo y como la joya más preciada de su dote intelectual y moral, profesan el amor puro y santo á su pueblo y á sus paisanos. Remedios? Los llevo indicados ya, y, sobre todo, propongo uno sólo: El amarnos y respetarnos con sublime desinterés.

Y mientras dure el día que ha de eclipsarse para siempre, durmiendo el sueño eterno, obremos y practiquemos el bien. Seamos justos, dignos, honrados, para que nos bendigan todos, y no llevemos, con nuestros remordimientos por el mal que hemos hecho ó el bien que hemos dejado por hacer, la maldición de los demás, de nuestro pueblo querido, de Valdepeñas.

Aspiremos todos y cada uno á que sobre nuestra tumba se escriban, en vez de pomposos epitafios, esta sencilla y modesta inscripción: — «Amó mucho á su pueblo; se sacrificó por él y la verdad; no fué nada; pero no hizo mal á nadie.»

SANTIAGO S. CARRASCO

CUENTOS DEL JUEVES

VIDAS CALLADAS

Villa-Flora está aislada, lejana de todos los demás hoteles que forman piña desde media falda del monte al llano, y es de todas las villas la más pomposa: impera allí como gran señora entre damitas. Fué el regalo de boda que hizo á la Marquesa, el Marqués de Bejanar.

El palacio, blanquísimo, elegante, construido al estilo moderno, albea en medio de los grandes jardines, y rodea á los jardines una gran extensión de naturaleza boscosa llena de caza. Hay una pequeña colección de fieras y grandes jaulas de cristal con diversas clases de aves, muchas de ellas exóticas. Hay una torrecita con ventanas de colores para ver, como en un diorama, el paisaje, y al pie de la torre un lago grande, limpio, siempre azul, con barcas en forma de cisne; muchas fuentes, glorietas, cenadores, invernaderos y un palomar, cuyas palomas, al desbandarse, pueblan las avenidas en lluvia de nieve.

La casa tiene lujosas caballerizas con ricos trenes ociosos y hermosos caballos para regalo de la servidumbre. El Marqués viaja casi todo el año por el extranjero, y la Marquesa, aunque recluida en Villa Flora no gusta de salir en coche ni de pasear en coche los jardines, ocupada tristemente en atender á su niña Rosita, enferma y postrada por la parálisis. En otro tiempo, durante los primeros veranos que sucedieron á la boda, los Marqueses daban fiestas en su retiro á la sociedad que veraneaba en Aldeaflores; pero vino la enfermedad de la niña y la Marquesa, que es una desengañada de la ciudad y sus placeres de alto tono, cerró para siempre la puerta de sus salones á la alegría y el placer de afuera.

Quedáronse mudos los jardines, sin el bullicio juvenil y galante de las jóvenes aristocráticas allí apiñadas y quedáronse apagados para siempre de aquellas fantásticas iluminaciones, colgadas sobre las alamedas en las noches de fiesta. Los salones, quedaron como los jardines, silenciosos y austeros.

El palacio por sus proporciones y por su riqueza, parece morada de reyes. Tiene vastos salones vestidos de tapices, coronados por áureos artesonados, alhajados á la antigua y á la moderna con muebles preciosos. Grandes galerías, salas, dormitorios con antecámaras, comedores, salón de billar, salón de biblioteca y hall.

Está naciendo la primavera. Los jardines de Villa-Flora se cubren de flores; despierta el color vivo y alegre de las rosas, de los jardines y de las adelfas; despierta el perfume, que estuviera misteriosamente enclaustrado en el botón de cada capullo, como el amor en el alma de la mujer adolescente. El cielo castellano se cubre de fulgores alegres, de irrisaciones de gloria.

A los jardines de Villa-Flora llegan los olores sanos del campo vecino, del tomillo y de la hierbabuena, y se mezclan con los aromas delicados de los jardines. Sus árboles renuevan su vida con poderosos florecimientos; sus fuentes suenan en la dulcedumbre primaveral con notas suaves que ya no tienen aquel tinte de queja conque sonaban en el invierno; sus alamedas, sus paseos, sus glorietas y sus sendas, se ofrecen bajo el sol, como campo al idilio de almas enlazadas, á la convalecencia de pobres enfermos y á la melancolía que endulza de ancianos solitarios. Los jardines de Villa-Flora aparecen en la mañana plétóricos de alegría y son á la tarde, en el crepúsculo azul, un mundo soñado de melancolías infinitas; pare-